

Eduardo Halfon, el hombre de todas partes y ninguna

NACIDO EN GUATEMALA, TRASPLANTADO A ESTADOS UNIDOS, JUDÍO NO PRACTICANTE PERO SIEMPRE ERRANTE, VUELVE A INCIDIR EN SU PARTICULAR SENTIDO DE LA AUTOFICCIÓN CON LAS PIEZAS QUE COMPLETAN "SIGNOR HOFFMAN" (LIBROS DEL ASTEROIDE).

TEXTO DAVID ALIAGA FOTO ADRIANA BIANCHEDI

Eduardo Halfon (Guatemala, 1971) responde las primeras preguntas sentado frente a su ordenador en una habitación de una casa en Nebraska, o desde su despacho en un apartamento de Nueva York, o desde una casa en las afueras de la Ciudad de Guatemala. Alguna ha debido de escribirla en el asiento 24-A o 15-C (siempre ventanilla, me dice), a saber, de un vuelo transoceánico. Halfon viaja de un lado para otro en lo que yo pregunto y él contesta, y, al final, acabamos encontrándonos en la librería de Passa Porta de Bruselas –lo han invitado a un festival en el que también participan Le Clézio o Krasznahorkai– o en las páginas de su nuevo libro, *Signor Hoffman*. Caminamos alejándonos del centro bullicioso de la capital belga hasta llegar a una cervecería en la que hay demasiado ruido para grabar lo que falta de entrevista. Así que pedimos un par de cañas y charlamos sobre el mercado que ponen cada mañana en la plaza por la que acabamos de pasar, de amigos comunes de Ma-

dríd, de sus proyectos futuros, y así no cerramos la entrevista hasta que él regresa a Nebraska o Nueva York o Guatemala, y yo a Barcelona.

Tu nuevo libro, *Signor Hoffman*, empieza con un relato en el que llegas a Roma en avión y tomas un tren que recorre Italia hasta llegar a Calabria; en otro relato estás en el puerto de Iztapa, en Guatemala; en otro estás en Polonia. Tanto viaje, tanta búsqueda que sigue en este nuevo volumen, ¿te ha ayudado a construir tu identidad –la de ese narrador que se llama como tú– o te ha confundido aún más?

Quizás más bien ha ayudado a deconstruirla, ¿no?, para poder ver o sentir sus partes. Pero creo que yo viajé tanto, o mi narrador viaja tanto, por otras razones. Acaso buscando siempre algo que nunca he tenido. Acaso por una sensación permanente de desarraigo. Yo nací en Guatemala, pero nos fuimos del país con mi familia en 1981, el día de mi décimo cumpleaños, a Estados Unidos, donde crecí y terminé mis

estudios de colegio y universidad. Desde entonces he estado errando. O quizás desde antes. Recuerdo cómo, de niño, creciendo en la Guatemala de los años 1970, me sentía siempre fuera del tejido nacional. Mi familia era judía, en un país donde no habían muchas familias judías (cien, se suele decir). Yo era un niño judío en un país profundamente católico. Todas las costumbres, los feriados, los rituales y las fiestas de mis amigos giraban en torno a una religión que no era la mía. Podía ver el partido desde el graderío, pero tenía prohibido jugar. Luego huimos a Estados Unidos y, aunque ahí el partido era otro, continuaba en mí ese mismo sentimiento de extranjería o desarraigo, incluso ahora de mi lengua materna, la cual también fui perdiendo durante los próximos doce años. Y aún conservo esa profunda sensación de no pertenecer, de verlo todo desde afuera, de jamás llegar a sentirme parte del lugar en donde estoy, de ser un hombre sin tierra propia. Pero de alguna manera, en mis páginas, la sigo buscando.



“A VECES, FRENTE A TANTA IMPOSICIÓN E INTOLERANCIA RELIGIOSA, LA INACCIÓN ES MUCHO MÁS PODEROSA QUE LA ACCIÓN.”

¿En qué medida Eduardo Halfon y el narrador de *Signor Hoffman*, que también se llama Eduardo Halfon, son la misma cosa?

Son la misma cosa. Somos uno solo. Tanto así que ya no sé cuál de los dos responde esta pregunta.

¿Cómo explicarías el acto de escritura siendo autor y personaje al mismo tiempo?

Se me ocurre que algo similar sucede en el cine y la televisión, ¿no? Woody Allen, el italiano Nanni Moretti, Larry David, Jerry Seinfeld, Louis C.K., todos son autores y personajes de sus propias comedias. Es decir, sus personajes son versiones alternas o paralelas de ellos mismos. Esto es algo que en la pantalla es permitido y aceptado. No se cuestiona, ni se intenta etiquetar de testimonial o auto-ficción. En la literatura, sin embargo, siempre se nos pide a los autores que expliquemos y defendamos la relación con nuestros personajes. Y para mí la única explicación posible es esta: todo personaje literario, se llame como se llame, es en cierta medida el autor que lo creó. Belano es Bolaño. Renzi es Piglia. Bernardo Soares es Pessoa. “Madame Bovary -decía Flaubert- soy yo”. La única diferencia es que, en mi caso, el muy sinvergüenza también se apropió de mi nombre.

Ese narrador, en *Monasterio*, se define como judío a veces, se presenta como lo opuesto a la ortodoxia y al sionismo, e incluso se retrata desde

la inacción. No ser, no hacer, ¿son también formas de identidad?

Por supuesto, como el Bartleby de Melville, quien prefería no hacer nada, y así se convierte en alegoría del no actuar, o del no hacer, o del no ser, y su identidad es esa, la inacción. O como Vladimir y Estragon, en el teatro de Beckett, quienes están esperando a alguien llamado Godot, y así se quedan, esperando, sin hacer nada, sin moverse, cuando al final baja el telón. Y es que a veces, en especial frente a una chica semidesnuda en un mar muerto y salado, o frente a tanta imposición e intolerancia religiosa, la inacción es mucho más poderosa que la acción.

La identidad, ya no colectiva, sino individual respecto al judaísmo parece ser una de las preocupaciones temáticas de muchos autores judíos en este principio de siglo. ¿A ti te preocupa tu lugar en el judaísmo?

He luchado por ceder mi lugar en el judaísmo, por renunciar a él para que otro pueda ocuparlo. Pero algo o alguien siempre me lo impide. Hace muchos años que no entro a una sinagoga, ni me pongo en la cabeza una kipá, ni pago mis cuotas de miembro a la comunidad judía. Secuextré del armario de mi madre el video de mi Bar Mitzvá, filmado en 1984, cuando cumplí 13 años, y donde salgo rezando de la Torá en un hebreo memorizado y luego en la fiesta bailando en espasmos como Michael Jackson. Hace poco hablé con un cirujano plástico de Houston,

quien me aseguró de que era casi imposible recuperar el prepucio.

Ahora soy yo el que no sabe si está hablando con Eduardo o con el narrador de *Monasterio*. A ti o a él, o a ambos, ¿qué os impide dejar de ser judío y escribir como tal *Signor Hoffman* o *Monasterio*?

Quizás renunciar a nuestras raíces sería darnos por vencidos a saber quiénes somos. Yo puedo dejar de ser un judío en la práctica, pero no en las historias de mis padres, de mis abuelos, de mis bisabuelos. Soy un actor en el drama de mi historia familiar. Y ese, el judaísmo como narrativa, es el único judaísmo que me interesa, y al cual no puedo ni quiero renunciar. Al menos mientras escribo.

Tus obras dan la impresión de presentar tu identidad al desnudo. Hablas de tu relación con tus raíces hebreas, pero también de tu historia familiar, de una mujer que te susurró que le gustaba que le mordiesen duro los pezones y que dejaste escapar... ¿Hasta dónde alcanza tu capacidad de desnudarte frente al lector y dónde comienza la ficción?

Un hombre exhibicionista se abre el abrigo a media calle y te muestra lo que tiene y lo que no tiene. “Mírame, así soy yo, y punto”. Pero un escritor -y todo escritor es también un exhibicionista- te muestra únicamente aquello que quiere que veas como lector, y añade lo que haga falta, y agranda lo que considere demasiado pequeño, y adelgaza y rellena y afei-

ta a través de la ficción. Escribir es un ejercicio de exhibicionismo manipulado y atenuado por la ficción. Yo, cuando escribo, abro mi abrigo por completo, me desnudo por completo. Pero el lector ve la imagen de esa desnudez reflejada y distorsionada en un espejo de circo.

Bien, te gusta pasear por la Grand Place en hora punta, abrirte el abrigo y mostrar el pene circuncidado a quien quiera mirar. Tú sabrás. ¿Pero qué le parece a esa hermana a cuya boda asistes en *Monasterio*, o a la azafata a la que le gusta que le muerdan los pezones, o a tu abuelo?

Eso tendrías que preguntárselo a ellos. Yo jamás le pregunto a mi hermana qué opina de la versión de mi hermana en el libro. Ni a mi hermano. Ni a mis padres. Ni tampoco a Tamara. Aunque propondría que sus versiones literarias son más ellos que ellos mismos. Como una especie de destilación. No sé. Lo único que sé es que no puedo escribir de mí mismo sin escribir de ellos, o mejor dicho escribir hacia ellos. Supongo que de alguna manera escribir para mí es una forma de acercarme a la gente que quiero, y que siento lejos.

Aunque escribes en castellano, *Signor Hoffman* se ha publicado antes en Francia que en España. ¿Sientes que tus libros son más apreciados en países de habla no hispana?

Más que un tema de apreciación, creo que tiene que ver con el tiempo. Es decir, el tiempo editorial para un

libro es distinto en cada país. Pero también lo es el tiempo de lectura, el tiempo literario. Mis últimos dos libros, *Monasterio* y *Signor Hoffman*, han salido primero en Francia. Otro ejemplo es que hasta ahora, más de un año después de su publicación, los lectores argentinos empiezan a descubrir *Monasterio*. Tendrá que ver con temas de distribución y mercadeo y esas cosas que poco me importan. Pero un libro, cualquier libro, eventualmente llegará a donde tiene que llegar, aunque sea al olvido.

¿Crees que la diferencia de apreciación de tu obra también puede deberse a la diferente percepción de la condición judía en España que en Francia, donde la comunidad es mayor y parece haber una mayor sensibilidad hacia su historia?

Puede ser. Se sabe que los niveles de antisemitismo en España son altos. En Francia también. Pero ahí hay una comunidad judía bastante grande, que quizás lo sublima o contrarresta un poco. En España el tema judío es complicado. Muchos españoles me dicen primero que sus familias tienen raíces judías, y luego, medio en broma, o a veces no, me dicen alguna estupidez antisemita. Hace poco, por ejemplo, estaba charlando con un amigo español. Un tipo culto, leído, sensible, muy generoso. Había leído *Monasterio* y me estaba comentando su lectura cuando de pronto me dijo que él, al igual que yo, es un poco antisemita. Me dejó helado. No pude responderle. Horas después, ya

recordando su comentario con calma, entendí o creí entender qué quiso decirme: que él, al igual que yo, es bastante crítico con la política actual de Israel, que se ve reflejada en mi libro. Pero como muchos españoles, o como mucha gente, él estaba confundiendo judío con israelí. O sea, para él todo judío es israelí, y todo israelí es judío, y si yo soy crítico con la política israelí, eso me hace antisemita, al igual que él. Que no lo es, claro. O no creo que lo sea. Pero en su confusión o ignorancia, me mete en la misma cesta que los nazis.

¿Qué aporta *Signor Hoffman* al proyecto literario de estos últimos años? ¿Qué va a conocer el lector de ese exhibicionista Halfon al que lleva varios años siguiendo en sus viajes por Serbia, Israel...

Es una pieza más de ese mismo andamio. O un planeta más de ese mismo sistema solar. O una muñeca más de esa Matrioska que se viene abriendo ante mí. Cualquiera de esas analogías aplica. Pero, más propiamente, es un libro de falsas identidades, de itinerarios: al sur de Italia, a pueblos y aldeas de Guatemala, al Harlem de Nueva York, al pueblo de mi abuelo en Polonia. Aunque más bien esas son escalas de un solo viaje, como quizás todos mis libros son capítulos de un solo libro, que voy escribiendo en ruta, y todas las escalas, al igual que Israel en *Monasterio*, son el telón de fondo de una historia más grande, y más íntima, y aun secreta. ●



“ESCRIBIR ES UN EJERCICIO DE EXHIBICIONISMO MANIPULADO Y ATENUADO POR LA FICCIÓN. YO, CUANDO ESCRIBO, ME DESNUDO POR COMPLETO.”